

EL NACIMIENTO DEL ANTICRISTO: APOCALÍPTICA Y MILENARISMO EN EL JUDAÍSMO TARDÍO Y EN EL CRISTIANISMO PRIMITIVO

Ramón Teja Casuso
(Universidad de Cantabria)

Milenarismo, Apocalíptica, Anticristo son términos que aunque bastante ausentes de la teología católica en el último siglo -no tanto en la protestante, especialmente en ciertos ambientes fundamentalistas- están sin embargo muy presentes en el imaginario individual y colectivo en este final de Milenio. Desde perspectivas y en ambientes muy diversos. En América Latina, por ejemplo, ha habido toda una corriente de pensamiento que tiende a relacionar la “teología de la liberación” con las corrientes milenaristas. Así, hace poco, se podía leer en El País esta definición o análisis del llamado “neoindigenismo” mexicano a cargo del historiador del mismo país Enrique Krauze : “alianza *non sancta* entre un sector de la izquierda huérfano de su ideología original y una Iglesia Católica milenarista, volcada hacia *la teología de la liberación*”¹. Una encuesta de Times / CNN en 1993 entre 1.000 norteamericanos adultos dió el sorprendente resultado de que el 20 % estaban convencidos de que en el año 2.000 se producirá la Segunda Venida de Cristo; el 50 % no lo creían y el 30 % no respondieron². El 19 de Julio de este año el diario El País publicaba también un espeluznante reportaje titulado “RAHOWA, la Guerra Sagrada. Medio millar de grupos racistas blancos se preparan en EE.UU. para ganar en el 2.000 la batalla de Armagedón” que comenzaba en estos términos: “RAHOWA (*Racial Holy War*) está próxima. Faltan apenas dos años para que, coincidiendo con el Milenio, estalle en Estados Unidos la Segunda Guerra Racial que anuncian estas siglas y que enfrentará a los blancos con el resto de la población: negros, judíos, hispanos, indios y asiáticos.

1. “México: el fundamentalismo indígena”, diario *El País*, 7 de marzo de 1998.

2. Citado por M. McGuin, *El Anticristo. Dos milenios de fascinación humana por el mal*, Barcelona, 1997, p. 305, nota 1.

Medio millar largo de organizaciones se preparan activamente para librar RAHOWA sin la menor piedad”. Y es que sólo una generación entre treinta tiene la oportunidad, como nosotros, de vivir el final de un Milenio. Una oportunidad de la que no disfrutó el gran físico Isaac Newton quien, a pesar de todo, vivió obsesionado por la idea de calcular el momento de la llegada del Anticristo lo que le llevó a escribir un tratado donde interpretaba los dos textos más importantes sobre el tema, el Libro de Daniel y el Apocalipsis de Juan, y que justificó en estos términos: “Si Dios estaba tan airado con los judíos porque no escrutaban de un modo más diligente las profecías que les había dado para que conocieran a Cristo a través de ellas, ¿qué motivo tenemos nosotros para pensar que nos perdonará si no escudriñamos las profecías que nos han dado para que conozcamos al Anticristo a través de ellas?”³. Con todo, al igual que ahora, también en el siglo XVIII, el siglo de las luces, había personas que juzgaban irracionales los terrores milenaristas, como fue el caso de Voltaire que consideraba estas creencias puros disparates. Pero, aunque a finales del siglo XX sean más los que comparten las ideas racionalistas de Voltaire que el misticismo religioso de Newton, resulta inevitable que el final de un Milenio incremente las preocupaciones de los humanos por el fin del mundo y por el papel de su malvado protagonista, el Anticristo.

I. El origen de la idea del Anticristo

La creencia en el Anticristo está estrechamente relacionada con la creencia en Satán, que es un complemento. Ambas son producto de las concepciones originarias de la cultura occidental sobre el mal, y están estrechamente unidas entre sí. Pero, mientras Satán, el diablo o un ser similar, en cuanto encarnación sobrehumana del mal, tiene paralelismos en casi todas las culturas conocidas, la concepción del Anticristo como un ser humano completamente malvado tiene un origen histórico bien concreto y delimitado. Sólo en el cristianismo y, en menor medida, en las otras dos religiones monoteístas, el judaísmo y el islamismo, desempeña un papel tan importante la figura de un ser humano totalmente malvado. Desde un punto de vista puramente histórico, es evidente, como más adelante veremos, que los orígenes del mito del Anticristo se encuentran en las creencias mesiánicas y apocalípticas del judaísmo del Segundo Templo y en su confluencia entre los cristianos con la fe en Jesús de Nazaret como verdadero Mesías.

Pero, aunque desde el inicio el Anticristo fue presentado como un monstruo cruel y un perseguidor tiránico de la verdadera religión, sus perfiles quedaron muy indefinidos pues el tipo de literatura que le dió vida, llena de simbolismos y de oscuridad, se presentaba a todo tipo de interpretaciones. Por ello, cada generación se ha ido planteando múltiples interrogantes que han contribuido a incrementar la inquietud de los espíritus en todas las épocas: ¿Será un individuo o un colectivo? ¿Será judío o será gentil? ¿Será totalmente humano o mitad demonio? ¿Se presentará como un tirano

3. Citado por M. McGuin, *op. cit.*, pp. 15-16; cf. Frank E. Manuel (ed.), *The Religion of Isaac Newton*, Oxford, 1974, p. 10.

cruel o como un maestro taimado y engañoso? ¿Cuáles serán los signos que anuncian su venida y cómo se manifestará?

La mayor parte de estas interrogantes son inseparables de las creencias milenaristas. El *Milenarismo* o *Quialismo* se basa en la idea, ampliamente difundida en el cristianismo de los primeros tiempos, de que, tras la segunda venida de Cristo y antes del juicio universal, se implantará sobre la tierra el reino de Cristo y de los justos que tendrá una duración de mil años. Para su implantación, Cristo deberá previamente vencer a un gran rival que tratará, por todos los medios, de evitar la consumación de este reino caracterizado por la felicidad y la abundancia de todo tipo de bienes. Quizá el texto más importante provenga del Apocalipsis de S. Juan:

“Vi un ángel que descendía del cielo, trayendo la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Tomó al dragón, la serpiente antigua que es el diablo, Satanás, y le encadenó por mil años... Cuando se hubieren acabado los mil años, será Satán soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, y reunirlos para la guerra cuyo ejército será como las arenas del mar. Subirán sobre la anchura de la tierra y cercarán el campamento de los santos y la ciudad amada. Pero descenderá fuego del cielo y los devorará. El diablo, que los extraviaba, será arrojado en el estanque de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos”. (Apoc. 20, 1-10).

Este milenarismo cristiano deriva directamente de la espera judaica en el reino terreno del Mesías que se intensificó a partir del siglo II a.C., época en la que los judíos experimentaron sucesivos dominios extranjeros de griegos primero y romanos después. Ello dió lugar al desarrollo de la literatura apocalíptica que expresaba el ansia de una liberación, religiosa y política al mismo tiempo, estrechamente relacionada con la implantación de la justicia en beneficio del pueblo elegido y el castigo de los opresores extranjeros con una duración generalmente milenaria. La apocalíptica judía y su sucesora cristiana representan un género literario de enorme originalidad en que se da una combinación, sin precedentes, entre mito, leyenda e historia. Ello explica el nacimiento y desarrollo de la figura del Anticristo en que confluyen estos tres elementos. Desde un punto de vista meramente formal es un género literario de “Revelación”, es decir, que un mensajero divino, un ángel las más de las veces, transmite ciertos conocimientos a un destinatario humano. El mensaje tiene forma narrativa y el contenido lo forman realidades inaccesibles al hombre, pero que le conciernen directamente, verdades que se refieren, sobre todo, a la “escatología” individual o colectiva, humana o cósmica, y que afectan a este mundo y al otro⁴. La “escatología” es una creencia acerca de la naturaleza de la historia que interpreta a ésta a la luz de los acontecimientos últimos (*tá eschatá*) y que desembocó en un determinismo histórico al que difícilmente lograron escapar tanto el judaísmo como el cristianismo. Pero desde otra perspectiva, la visión escatológica y apocalíptica representa la historización del gran drama universal de la lucha entre el bien y el mal,

4. Cf. A. Díez Macho, *Apócrifos del Antiguo Testamento I*, Madrid, p. 45.

pues, como ha escrito un crítico reciente, “si en el drama cósmico de las esferas celestes la lucha se libraba entre las legiones de ángeles buenos y las legiones de ángeles malos, ahora, en los tiempos históricos de la iglesia militante, la Gigantomaquia se escenifica en las batallas de Cristo con el Anticristo”⁵.

Evidentemente el Anticristo es un término cristiano y fue la literatura cristiana la que desarrolló su figura, pero surge de las ideas judías sobre el “Antimesías”, es decir, la creencia en individuos o poderes que se oponían a la esperanza en el Mesías que liberaría a Israel. Fue a partir del “nacimiento” de Cristo, es decir, del desarrollo de la creencia en que Jesús de Nazaret había sido el verdadero Mesías, cuando se desarrolló la idea de su antagonista, el “Antimesías” cristiano o Anticristo. Así pues, el “nacimiento” de Cristo lleva consigo o da lugar al “nacimiento” del Anticristo.

El Anticristo es, pues, una creación escatológica, surge inserto en el gran drama escatológico del universo, pero, al propio tiempo, se concibe como personaje real de acuerdo con las concepciones históricas propias de la tradición hebraico-cristiana. Los textos que lo recrean proyectan su imagen sobre un transfondo de acontecimientos escatológicos, pero ello no le hace perder concreción real ni espesor histórico: es un hombre, un tirano, que con la ayuda de Satán logra engañar a la humanidad y hacerse pasar por Cristo desencadenando la última y más feroz persecución contra la Iglesia. Su aparición no se concibe como un hecho mítico, sino como realización última de acontecimientos en cierto sentido ya sobrevenidos y parcialmente verificados en el curso de la historia. Así pues, el Anticristo aparece en la concepción judaico-cristiana como la manifestación final y definitiva de un hecho que caracteriza el devenir de la humanidad desde la caída de los progenitores hasta la parusía: la oposición al Reino de Dios⁶.

Cuando decimos que el Anticristo, personaje escatológico, es también personaje histórico, ello significa que se inserta en la visión general de la historia y del universo propia del mundo hebraico-cristiano plasmada sobre el modelo cronológico “seismilenario”: durante los seis milenios de duración de la historia una serie de reinos se suceden en el ejercicio de la hegemonía universal. Al final del sexto milenio surge un último reino pronto identificado con el Imperio romano. Este aparece dividido entre diversos reyes y entre éstos aparece un último rey que instaura su dominio tiránico y universal y que destaca por su impiedad, arrogancia, astucia y crueldad contra el pueblo de Dios. Al triunfo momentáneo de éste rey (identificado las más de las veces con Nerón) sucede el retorno de Cristo glorioso, la derrota y aniquilamiento del déspota y la instauración del Reino de Dios. Dentro de este esquema se insertan tradiciones muy variadas y la figura del tirano escatológico se enriquece con nuevos matices como su capacidad para engañar que se explica por su capacidad para realizar prodigios extravagantes llegando incluso a hacerse atribuir un culto divino.

5. G. Puente Ojea, *Fe cristiana, Iglesia, Poder*, Madrid, 1991, p. 307.

6. Un amplio desarrollo de estas ideas puede verse en B. Rigaux, *L'Anticrist et l'opposition au Royaume Messianique dans l'Ancient et le Nouveau Testament*, Gemblaux - Paris, 1932.

A medida que se fue desarrollando la primera literatura cristiana, los diversos autores fueron añadiendo, mediante la profundización de las Escrituras, generalmente en fuentes extracanálicas (oráculos sibilinos, literatura apocalíptica, textos iraníes y helenísticos), nuevos rasgos a la figura del Anticristo de forma que se puede decir que a finales del siglo III d. C. su personalidad presenta ya la fisonomía con que pasará a los siglos posteriores⁷.

Algunas características significativas de esta fisonomía en los primeros escritores cristianos son la frecuente identificación del Anticristo con heresiarcas y con sus secuaces que son situados en el pasado o en el presente respecto a quien escribe. Ello es posible porque, a pesar de su concepción lineal, tampoco es totalmente ajena al pensamiento histórico del mundo hebraico-cristiano la concepción cíclica del devenir propia de los griegos que se manifiesta en la sucesión de las épocas históricas y el retorno o repetición de figuras o acontecimientos. El principio por el que se rige esta interpretación de la historia es la conocida tipología bíblica. Se trata de un método de hermenéutica o exégesis que permite captar en instituciones, personas, acontecimientos etc. del pasado prefiguraciones o “tipos” del presente o del futuro y en instituciones, personas, lugares, etc. del presente, realizaciones del pasado o prefiguraciones del futuro⁸. Así, en el marco de la tipología histórica de la salvación una misma línea une a Adán, Noé, Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, David que representa la línea mesiánica gracias a la cual cada uno de estos personajes son “figuras” o “tipos” del Cristo, aunque cada uno conserve su propia individualidad y su precisa colocación en el espacio y en el tiempo. De una forma similar, se desarrolló una tipología del Anticristo: el Faraón, el rey de Tiro, Nabucodonosor, el rey de Babilonia, Gog, rey de Magog, Antíoco IV, Pompeyo, Nerón aparecen ligados a una misma línea, la de oposición a Dios y a Cristo que recorre toda la historia de la salvación de una forma paralela a la línea mesiánica. Se comprende así la identificación del Anticristo con los reyes soberbios o perseguidores o con los grandes heresiarcas y sus discípulos e incluso el hecho de que cada época haya intentado personalizarlo en figuras del momento: después de Simón Mago, Nerón o Bar Koghba se han sucedido innumerables anticristos como Mahoma, Federico II, Juan XXII o el Papa como institución, Lutero, Pedro el Grande, Marx, Hitler, Stalin, Sadam Hussein, etc.

Estas líneas de interpretación histórica, comunes al judaísmo y al cristianismo, se complican en este último por la presencia de lo que en el lenguaje teológico contemporáneo se denomina la oposición entre el “ya” y el “todavía no”. Esta tensión u oposición surge del hecho de que Cristo, y con él la instauración del Reino de Dios, ha venido “ya” y, sin embargo, la realización plena y definitiva de su acción salvífica “todavía no” se ha realizado en su plenitud: hay que esperar la segunda venida, el final de los tiempos. Así pues, el “tiempo final” se presenta en la escatología cristiana como un espacio temporal que va de la Encarnación a la Parousía, el espacio en que el Reino

7. Cf. F. Sbaiffoni, *Testi sull' Anticristo. Secoli I-II*, Florencia, 1992, Introducción.

8. O. Cullmann, *Cristo e il tempo. La concezione del tempo e della storia nel Cristianesimo primitivo*, Bolonia, 1965, pp. 74-77.

de Dios ya inaugurado espera su completo desarrollo a través de la historia hasta el retorno triunfal de Cristo glorioso. Esta tensión entre el *ya* y el *todavía no* referida a Cristo se aplica también al Anticristo: éste debe llegar todavía como último antagonista de Cristo al final de los tiempos, pero ya está actuando en todos aquellos que se oponen al Reino ya inaugurado, como son los herejes o los tiranos políticos⁹.

Otro tema que ha atraído la atención de las incertidumbres sobre el Anticristo es si éste debe ser considerado como colectivo o como individuo. En efecto, el análisis de los diversos textos canónicos y extracanónicos permite interpretaciones en uno u otro sentido: bien, como el conjunto de fuerzas opuestas a Dios y a su Cristo, bien como persona expresada en singular con un artículo determinado masculino: “el Anticristo”. Esta aparente contradicción se puede resolver en el marco de la tipología histórica que hemos indicado y de la tensión entre el *ya* y el *todavía no*. El Anticristo, en cuanto personaje escatológico que domina la escena de los acontecimientos que precederán la segunda venida de Cristo fue concebido originariamente como un individuo, un dominador universal, impío, engañoso y perseguidor. Pero su aspecto colectivo se explica con la tipología histórica que permite la identificación con el Anticristo de muchos que lo preceden y lo prefiguran.

II. El Anticristo en la literatura judía y cristiana

Tras estos planteamientos previos, creo que estamos en condiciones de ofrecer una visión general de las ideas sobre el Anticristo presentes en la literatura cristiana de los dos primeros siglos, heredera, en gran medida, de la producida en el judaísmo tardío¹⁰. Hay que comenzar resaltando que el término Anticristo sólo aparece cuatro veces en el N.T. y únicamente en las Cartas de Juan (1 Juan 2, 18 y 22; 4, 3; 2 Juan 7. Textos 8, 9, 10 del Apéndice). En el primero y tercero de estos pasajes se recuerda a los destinatarios que ya han oído anteriormente que el Anticristo llega; ahora se les comunica que el Anticristo son aquellos que no reconocen que Cristo ha venido en carne, o bien niegan “al Padre y al Hijo”. Pero, detrás de ciertos procedimientos exegéticos, se entrevé una predicación tradicional sobre el “único” Anticristo que ahora hay que hacer compatible con los muchos anticristos del presente. Se trata de un personaje que estaba muy vivo en las conciencias de los cristianos del siglo I, incluso aunque no aparezca denominado con el mismo nombre. 1 Juan 2, 18 (Texto 8) demuestra también que la presencia del Anticristo era señal de la “última hora”, pues ya en la tradición se trataba de una figura de los últimos tiempos. Los epítetos que se le dedican ó *pseustes* (1 Juan 2, 22), ó *planos* (2 Juan 7) son típicos del diablo. En 1 Juan 4, 1 (Texto 10) los herejes-anticristos son denominados “pseudo profetas” y precisamente “pseudoprofetas” y “pseudocristos” son previstos en los últimos tiempos en el apocalipsis de los sinópticos (Marcos 13 y paralelos).

9. F. Sbaiffoni, *Testi sull' Anticristo* (cit.).

10. Una visión general del tema puede verse en J. Guadalajara Medina, *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*, Madrid, 1996, pp. 32-92.

Pero los rasgos del “pseudocristo”, del “imitador del maestro” y las del opositor satánico de Dios en los últimos tiempos se encuentran bien definidos en 2 Tesalon. 2, 1-12 (Texto 6). La atribución de esta carta a San Pablo ha provocado un gran debate entre los especialistas. Es evidente que en la 2ª. Tesalonicenses aparece una perspectiva apocalíptica muy diferente de la reflejada en la 1ª., que sí es con seguridad paulina. Por ello, son muchos los críticos que la consideran deuteropaulina y retrasan su datación algunos decenios hasta finales del siglo I d.C. En cualquier caso, la descripción que hace del Anticristo -aunque este término no aparece en la carta- ha influido enormemente en las especulaciones posteriores. Pero la descripción del personaje y de los acontecimientos que le rodean es más bien compleja: primeramente debe producirse la apostasía, es decir, una defección de cristianos que parece corresponderse con la exasperación del mal típica de los últimos tiempos de la apocalíptica judía; después “ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo”. Esta descripción tiene muchos puntos de contacto y recoge rasgos tradicionales con que eran presentados en el Antiguo Testamento los enemigos de Dios y en especial el último rey de Daniel: su impiedad, su capacidad para engañar, el hecho de preceder inmediatamente la venida de Cristo, etc. Pero, a diferencia del Libro de Daniel, con su referencia concreta a Antíoco IV Epifanes (Texto 5), no se resalta la actividad política o perseguidora del último tirano escatológico, sino que se insiste en su capacidad de engañar a las gentes mediante falsos prodigios: se trata de la imagen del “falso profeta” de la tradición veterotestamentaria que tanta influencia tendrá en la concepción cristiana del Anticristo.

La Epístola habla también de “un misterio de la iniquidad” que ya está en acción y que ya se habría manifestado plenamente si no fuese por “aquel (o aquello) que lo retiene” (2, 6-8): “éste” o “esto” que lo retiene constituye un enigma que ha constituido un desafío para todos los intérpretes y exégetas desde Tertuliano, que lo interpretó como el Imperio Romano, hasta nuestros días. Como ha escrito un crítico reciente “Tel est assurément le passage les plus énigmatique de notre péricope et sans doute de toutes les Epîtres pauliniennes. Il n’a de rival dans le Nouveau Testament que l’abomination de la désolation et le chiffre de la Bête dans l’Apocalypse”¹¹. Se puede, pues, entrever en este texto la misma tensión presente-futuro que permite a Juan en sus cartas hablar de un Anticristo escatológico que debe venir y de muchos anticristos que están actuando ya en la historia y en la Iglesia.

También a finales del siglo I el Apocalipsis de Juan ofrece diversas figuras de oponentes escatológicos que han influido enormemente en la literatura sobre el Anticristo en cuanto enemigo escatológico. En 13 (Texto 7); 16, 12-16; 19, 19-21 aparece “una bestia que emerge del mar” (Cf. Dan. 7, 23 ss. Texto 1), que profiere blasfemias, recibe un poder por 42 meses (Cf. Dan 9, 27 -Texto 4 -; 12, 11 ss.), destruye a los santos y es adorada por todas las gentes de la tierra; y también “una bestia que emerge de la tierra” (llamada poco después el pseudoprofeta) que, mediante señales y prodigios, induce a los hombres a adorar la estatua de la primera bestia. Esta bestia

11. B. Rigeaux, *Les épîtres aux Thesaloniens*, Paris-Gembloux, 1956, p. 296.

“que emerge del mar” presenta tantos caracteres afines con el último rey de Daniel y con el *anomos* de 2 Tesalonicenses que llevó a los exégetas antiguos y modernos a ver en ella la imagen del último antagonista de Cristo al que la tradición dará el nombre de Anticristo que se le atribuye en las Cartas de Juan. El cap. 17 presenta a la “gran prostituta”, Roma, sentada sobre una bestia con diez cuernos, es decir, diez reyes que en un segundo momento desnudarán a la prostituta y devorarán su carne (se espera, pues, una rebelión de pueblos sometidos a Roma); pero serán sometidos por el cordero (Cristo) y sus fieles. Se trata del tema, de origen judío, de la batalla escatológica que reaparece en Apocal. 20, 8-10 donde Gog y Magog, después del milenio, estimulados por Satanás, reúnen a las naciones de la tierra para asaltar a Cristo y los santos en Jerusalén: un fuego del cielo los destruye y Satanás es arrojado al estanque de fuego.

Estas imágenes de enemigos escatológicos del N.T. derivan de tradiciones diversas del judaísmo y del Oriente Medio en general. Pero con notables variantes y originalidad. Así, las cuatro bestias de la visión de Daniel se transforman en una sola y, además, el autor se inventa otra, una bestia monstruosa de la tierra. La fuerza de la primera se distingue por su poder político, la de la segunda por la capacidad de seducir a los hombres mediante engaños y prodigios. Así pues, en el Apocalipsis aparecen por primera vez reunidos las dos características fundamentales del tirano escatológico tal como se habían configurado en el *Libro de Daniel* en 2 *Tesalonicenses* respectivamente: el poder despótico, por un lado, y la capacidad de engaño, por otro, con lo que la actividad del Anticristo se manifiesta por vez primera en la literatura cristiana en su plenitud trágica.

Otra veta de inspiración, entrelazada con la anterior como se ha visto, es la de los reyes o potencias extranjeras que quedaron en la memoria colectiva de Israel como prototipos de adversarios y cuyos rasgos conforman el imaginario enemigo escatológico de Dios, sobre todo, la figura de Antíoco IV Epifanes en los libros de Daniel y de los Macabeos, aunque éstos últimos no lo presentan como enemigo escatológico, sino real, de carne y hueso.

Antíoco IV Epifanes fue un personaje funesto en la historia judía pues, aprovechándose de las divisiones internas entre los judíos más tradicionalistas y los helenizados, intentó aplicar una helenización violenta y radical de la Ciudad Santa. En el 169 a.C. llevó a cabo la toma de Jerusalén y el saqueo del Templo; poco después, en el 167, por motivos no bien conocidos, prohibió las prácticas religiosas judías y, lo que es más grave, profanó el templo levantando un altar a Zeus en su recinto: “Levantó el rey sobre el altar de los holocaustos la abominación de la desolación (1 Mac. 1, 54). Esta política de represión religiosa provocó el estallido de la revuelta de los Macabeos: en el 164 Judas Macabeo procedió a la purificación del templo, pocas semanas después de que hubiese muerto su profanador Antíoco.

Fue la experiencia de la fuerza política de este rey lo que inspiró el *Libro de Daniel* que contiene el único Apocalipsis 7-12 (Textos 1-5) incluido en el canon de la Biblia hebrea donde se desarrolla la famosa profecía de los cuatro imperios mundiales recientes representados con la imagen de las cuatro bestias. Esta profecía ilustra

magníficamente las características de la visión apocalíptica de la historia en base a la técnica conocida como *vaticinia ex eventu* o historia presentada como profecía. El autor anónimo escribe su obra en el 165-164 a.C. pero finge hacerlo en el siglo VI a.C. y presta su pluma al profeta Daniel, héroe enormemente popular entre los judíos durante el exilio de Babilonia, quien desde aquella perspectiva temporal vaticina la sucesión de los cuatro imperios futuros: Babilonia, Media, Persia, Alejandro. El último es el peor de todos (“Devorará toda la tierra, la aplastará y la pulverizará” 7, 32) y el undécimo cuerno de la bestia, que representa a este Imperio y que es descrito con todo detalle (7, 24-27; 8, 9-14 y 23-26; 9, 27-28; 11, 21-12, 45) es evidentemente Antíoco Epifanes, el tirano malvado que será castigado por Dios con su derrota y su muerte. Recurriendo a esta ficción del vaticinio *ex eventu* resulta fácil aplicar las profecías al futuro y relacionarlas con el final de los tiempos, o bien retrasar cronológicamente la visión de los cuatro imperios haciendo coincidir el último con el romano como harán después otros “videntes”. También está inspirada seguramente en un rey invasor, real o temido, la enigmática figura de Gog de Magog de Ezeq. 38-39 que pronto se verá rodeada de los rasgos característicos del enemigo de Dios y que inspirará el enigmático “Gog y Magog” que conduce el asalto de las naciones a la Jerusalén del milenio en el Apocalipsis de Juan 20, 8-10.

Otro personaje histórico que dejó una profunda huella en las imágenes del enemigo escatológico fue Nerón, especialmente en los llamados Oráculos Sibilinos. Los Oráculos Sibilinos son un grupo de escritos compuestos en un abanico de tiempo muy amplio que va del s. III a.C. al VII d.C., que retoman el estilo y, a veces, el contenido de los Libros Sibilinos, pero que reflejan una matriz claramente judaica. En ellos predomina el elemento escatológico, aunque con frecuencia y bajo la forma de oscuros y funestos presagios, se esconden juicios muy duros respecto a acontecimientos pasados o presentes en base al recurso tan del gusto de la literatura apocalíptica de la profecía *ex eventu*. Tal como nos han llegado algunos de estos Oráculos reflejan manipulaciones de origen cristiano cuyo alcance no siempre es fácil de valorar y sobre los que sigue discutiendo mucho la crítica moderna. El matricidio de Nerón y otros delitos, ciertas obras que parecían inspiradas en una “hybris” (insolencia) como el intento de abrir el istmo de Corinto, y, sobre todo, la leyenda de su retorno, relacionado con su confusa muerte, así como el hecho de haber perseguido a los cristianos fueron los elementos que lo facilitaron. Entre el pueblo romano, donde Nerón era muy querido, corrió pronto la leyenda de que la realidad no había muerto, sino que había huido a refugiarse entre los Partos y volvería a la cabeza de éstos para destruir Roma y conquistar el mundo. La leyenda tiene un claro transfondo antirromano y filoasiático y en muchos pasajes como el Libro III, 350-355 y IV 115-48, se refleja el odio y la sed de venganza contra Roma de los pueblos orientales sometidos. El tema se remonta a una larga tradición que tiene sus orígenes a comienzos del siglo II a.C. durante la guerra siríaca en que el lenguaje oracular fue utilizado ya como instrumento de política antirromana. El tema no cesó y, a medida que se generalizó el enfrentamiento entre Roma y Oriente, los oráculos fueron retomados y enriquecidos en numerosas ocasiones como instrumento de propaganda. El hecho de que Nerón hubiese conseguido la paz con los Partos y la enorme popularidad de que disfrutó entre las clases más bajas de la

población facilitó su transformación en personaje de leyenda primero y escatológico después. Con el paso del tiempo, esta leyenda del Nerón vivo se transformó entre los judíos y los cristianos en el retorno a la vida del desaparecido emperador que se convirtió en un adversario escatológico, a veces como encarnación del mismo diablo. Hay que tener presente que para los judíos fue durante su reinado cuando se inició la guerra judaica del 66 y que para los cristianos fue él quien desencadenó, después del incendio de Roma, la persecución del 64. Es a través de los Oráculos Sibílicos donde se conservan más trazas de la evolución de la leyenda: crímenes de Nerón, huidas a Oriente y retorno: “Al Occidente llegará entonces la discordia del despertar de la guerra y el fugitivo de Roma, con su gran lanza en alto, tras atravesar el Eufrates con muchas decenas de millares” IV, 137-139 (Texto 13); V, 28-34 (Texto 14); 138-153 (Texto 16); 215-224 (Texto 17); 363-370; 140-147; Nerón redivivo: VIII, 70-72 (Texto 18) con retorno en época de Marco Aurelio; en III, 63-74 (Texto 12) se descubre a Beliar en forma de Nerón a lo que alude también el Apocalipsis 13,3; 17,11.

Así pues, el cristianismo heredó de la tradición judía una gran variedad de motivos y representaciones del enemigo escatológico. Pero el Cristianismo presenta un hecho nuevo y es que el Mesías ya ha venido y ha traído la salvación frente a las potencias maléficas de este mundo y se ha convertido en el centro de la fé. Pero esta destrucción de las potencias del mal sólo se culminará con su retorno después del milenio por lo que, mientras tanto, aunque vencidas, seguirán actuando entre los hombres. En este contexto se explica bien que adquiriese peso la espera de un Antimesías que concentrase toda la oposición a Cristo en su última y desesperada resistencia. La implantación de una única figura antimesiánica facilitó la concentración en ella de las diversas tradiciones y mitos del enemigo escatológico.

Unas veces, este enemigo es presentado con rasgos puramente espirituales como sucede en la Didache o Doctrina de los doce apóstoles, obra de finales del siglo I y cuyo último capítulo ofrece una apocalipsis que parece remontar a la misma tradición presente en el apocalipsis sinóptico en la versión de Mateo. Aquí aparece la figura del *kosmoplanes* o engañador del mundo que pondrá a prueba a los fieles: “En los últimos días se multiplicarán los falsos profetas y los corruptores... y entonces aparecerá como hijo de Dios el engañador del mundo” (16, 3-4). Otras veces adquiere rasgos más políticos en la línea de la tradición del Apocalipsis de Juan como es el caso de la Epístola de Bernabé 4,5 que parece identificar el Anticristo con la bestia de Daniel 7, es decir, el Imperio Romano. A mediados del siglo II, Policarpo de Esmirna convierte al primogénito de Satán de las cartas de Juan en el Anticristo (Filipenses 7,1) y la Ascensión de Isaías 4, 2 ss (Texto 20) transforma a Nerón redivivo vaciado de contenidos políticos en la encarnación de Beliar.

Pero el Anticristo podía también excitar la imaginación de muchos cristianos impresionados por los acontecimientos relacionados con la rebelión de Bar Kochba, el supuesto mesías que encabezó en los años 132-135 la revuelta contra Roma: así el Apocalipsis de Pedro, escrita seguramente por esta época, lo presenta con sus trazos (cap. 2 del texto etiópico). Que la intención del Anticristo fuese reconstruir el reino judío será algo que aparecerá después tanto en Ireneo como en Hipólito.

Sin embargo, no tendrá inspiración antijudía el Anticristo de Justino, filósofo y mártir romano de origen palestino. En su Diálogo con el hebreo Trifón, escrito en 160-165, describe al Anticristo, sin mencionarlo, con rasgos que demuestran que disponía ya de un dossier escriturístico bien elaborado: está ya a las puertas (32, 3-4) “el hombre de iniquidad” que pronunciará blasfemias contra el Altísimo y que durante un tiempo ostentará el poder; en otro lugar (110,2) precisa que “el hombre de la apostasía” “llevará a cabo iniquidades contra nosotros los cristianos”. Igualmente hacia el 180 Ireneo de Lión, al final de su tratado contra las herejías V, 25-30 (Textos 22-23), desarrolla toda una teoría sobre el Anticristo, así mencionado, lo que supone que tenía a su disposición también un dossier escriturístico y, quizá también, un tratado sobre el tema: el Anticristo se sentará sobre el templo de Jerusalén haciéndose pasar por Dios; prometerá a los judíos reconstruir su reino y perseguirá a los cristianos para complacerles. Además de los textos clásicos de Daniel 2; 7 y 9 y de 2 Tesal. 2 y Mat. 24 explota a fondo el Apocalipsis de Juan: identifica al Anticristo con la bestia que sale del mar de Apoc. 13, 1-10 y con aquella sobre la cual se sienta la prostituta (Apoc. 17, 3).

Muchos temas de Ireneo aparecerán en el tratado El Anticristo de Hipólito, en la primera mitad del siglo III, con quien culminaremos este recorrido por la primera literatura cristiana. Hipólito se diferencia de Ireneo en el hecho de que describe la actividad del Anticristo dentro de coordenadas histórico-políticas muy precisas en cuanto interpreta las bestias del Apocalipsis como imágenes del Imperio romano, mientras Ireneo las relegaba al futuro. Para Hipólito el Imperio romano es un anticipo del Anticristo en cuanto persigue a los cristianos y actúa “de acuerdo con el poder de Satanás”. Su destino es disgregarse en diez “democracias” (cap. 27) cuyos reyes lucharán entre sí: después surgirá el Anticristo que matará a tres de ellos y someterá los restantes reconstruyendo la unidad del Imperio y legislando en la línea de Augusto. Para Hipólito, que no olvida las persecuciones ni el culto imperial, el Imperio no es aún Anticristo, pero lo es, en cierto modo, en potencia.

Hipólito desarrolla también a fondo otro aspecto de la “teología” por así decirlo del Anticristo a la que hemos aludido anteriormente: así como hay una “cristología”, Hipólito desarrolla una “anticristología”, pues para él el Anticristo no es sólo una personificación del mal o un fenómeno del final de los tiempos, sino un personaje autónomo, paralelo y en todo opuesto a Cristo:

“Así como las profecías hablaron de Nuestro Señor Jesucristo, que es también Dios, mediante la figura del león, por su realeza y por su gloria, de la misma forma las Escrituras han hablado hace tiempo del Anticristo como león, por su tiranía y su violencia. Pues el mentiroso trata de semejarse en todo al Hijo de Dios. Cristo es un león, también el Anticristo lo es; Cristo es un rey, también el Anticristo lo es. El Salvador se manifestó como un cordero; también el Anticristo, de alguna manera, aparecerá como un cordero, aunque por dentro es un lobo”. (El Anticristo 6).

A partir de Hipólito se inicia una nueva época en la historia del Anticristo. Este va perdiendo sus caracteres teológicos, apocalípticos o escatológicos, para convertirse cada vez más en un personaje inserto en el tiempo presente, el Imperio Romano que

persigue a los cristianos. Aunque el Imperio Romano no es aún el Anticristo, lo es en potencia, es la última prefuración en una sucesión ininterrumpida de Imperios que se hace evidente en esta interpretación del Libro de Daniel.

“Una vez que sucedan estas cosas y los diez dedos de la estatua señalen el paso a democracias, y los diez cuernos de la bestia sean divididos para significar diez reyes, veamos más claramente el tema que nos hemos propuesto y examinémoslo poniéndole ante los ojos. La cabeza de oro de la estatua -la leona- son los Babilonios; las espaldas y los brazos de plata -la osa- son los Persas y Medos; el vientre y los muslos de bronce -el leopardo- son los Griegos, que detentaron el poder a partir de Alejandro; las tibias de hierro -la bestia terrible y pavorosa- son los Romanos, que gobiernan actualmente; las plantas de los pies, de barro y hierro -los diez cuernos- son las potencias futuras; el otro cuerno pequeño, que asoma entre ellos, es el Anticristo; la piedra que golpea la estatua y la rompe, que llena la tierra, es el Cristo que viene de los cielos y trae el juicio al mundo.”

Pero, al tiempo que Hipólito desarrollaba una imagen del Anticristo con rasgos apocalípticos y antirromanos, en la mejor tradición juánica, rechazó las expectativas de un final inmediato del mundo y su retorno próximo de Cristo que había inspirado el nacimiento y crecimiento de la figura del Anticristo. Al replantearse el cómputo de la semana cósmica afirmó que faltaban aún trescientos años para el retorno de Cristo y la enorme influencia que tuvo su tratado de “El Anticristo” determinó que las obsesiones milenaristas se viesen relegadas durante siglos hasta que volvieron a renacer, pasados los trescientos años de Hipólito, en tratadistas como Ticonio que estaban obsesionados por la desaparición del Imperio Romano. Aquel Imperio Romano que había terminado por acoger en su seno la Iglesia e identificarse con ella. Parece evidente que los primeros cristianos cuando, siguiendo los pasos de los judíos escudriñaban los aspectos más oscuros, si hay alguno que no lo sea, del futuro lo hacían en la certeza de que Dios es más poderoso que todo y que quien estaba de su parte saldría vencedor. Nosotros, mientras tanto, intentemos al menos no indisponernos con el Anticristo a costa de hablar tanto de él ahora que se aproxima el final del Milenio. Me habéis soportado con paciencia y, por eso, terminaré con las mismas palabras que lo hizo aquel estudioso belga del siglo XV, Dionisio el Cartujano: *“Satisne fatigavimus nos cum Antichristo isto maledicto?”* (“¿Ácaso no nos hemos cansado ya bastante hablando de este maldito Anticristo?”).

APÉNDICE*

1

Díjome así: La cuarta bestia es un cuarto reino sobre la tierra, que se distinguirá de todos los otros reinos y devorará la tierra toda y la triturará. Los diez cuernos son

* Para los pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento ofrecemos la traducción de la Biblia a cargo de Nacar-Colunga, ed. BAC; para los Oráculos Sibilinos nos servimos de la traducción de E. Suárez de la Torre en *Apócrifos del Antiguo Testamento*, vol. III, Madrid, 1982; los de la Ascensión de Isaías e Ireneo de Lión son obra del autor.

diez reyes que en aquel reino se alzarán, y tras ellos se alzará otro que diferirá de los primeros y derribará a tres de estos reyes. Hablará palabras arrogantes contra el Altísimo, y quebrantará a los santos del Altísimo, y pretenderá mudar los tiempos y la Ley. Aquéllos por un tiempo. Pero se sentará el tribunal y le arrebatarán el dominio hasta destruirle y arruinarle del todo, dándole el reino, el dominio y la majestad de todos los reinos de debajo del cielo al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino será eterno, y le servirán y obedecerán todos los señoríos.

Daniel 7, 23-27.

2

De uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho hacia el mediodía y el oriente y hacia la tierra gloriosa; engrandeciéndose hasta llegar al ejército de los cielos, y echó a tierra estrellas y las holló. Aún contra el príncipe del ejército se irguió, y le quitó el sacrificio perpetuo y destruyó su santuario. Convocó impíamente ejércitos contra el sacrificio perpetuo, echó por tierra la verdad, hizo con buen éxito lo que quiso.

Daniel 8, 9-12.

3

Al final de su dominación, cuando se completen las prevaricaciones, levantaráse un rey imprudente e intrigante; su poder crecerá, no por su propia fuerza, y producirá grandes ruinas y tendrá éxitos, y destruirá a poderosos y al pueblo de los santos. Por sus prosperidades y por el éxito de sus intrigas, se llenará de arrogancia su corazón, y hará perecer a muchos que vivían apaciblemente, y se levantará contra el príncipe de los príncipes, pero será destruido sin que intervenga mano alguna.

Daniel 8, 23-25.

4

Después de las sesenta y dos semanas será muerto un ungido, sin que tenga culpa. Y destruirá la ciudad y el santuario el pueblo de un príncipe que ha de venir, y hasta el fin de la guerra están decretadas desolaciones. Y afianzará la alianza para muchos durante una semana, y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la oblación y habrá en el santuario una abominación desoladora hasta que la ruina decretada venga sobre el devastador.

Daniel 9, 26-27.

5

A su orden se presentarán tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y harán cesar el sacrificio perpetuo, y alzarán la abominación desoladora. Seducirá con sus halagos a los traidores a la alianza santa, pero el pueblo que conoce a Dios obrará con firmeza, y los sabios entre ellos instruirán a la muchedumbre. Caerán de entre ellos por un tiempo a la espada, al fuego, al cautiverio y al pillaje, y, mientras sucumben, tendrán poco socorro, y muchos se unirán a ellos hipócritamente. Sucumbirán también algunos de los sabios para que sean depurados, purificados y blanqueados, hasta que llegue el fin, que no llegará sino al tiempo determinado. El rey hará lo que quiera, se ensoberbecerá y se gloriará por encima de todos los dioses, y del Dios de los dioses dirá cosas increíbles. Prosperará hasta que llegue la ira a su consumación, porque lo que está decretado se cumplirá. No respetará ni aun al dios de sus padres ni a la delicia de las mujeres; no respetará dios alguno, porque se glorificará a sí mismo por encima de todos. Honrará en su lugar al dios de las fortalezas, dios que no conocieron sus padres; le honrará con oro y plata, con piedras preciosas y cosas de gran valor. A ese dios extraño dedicará las plazas fuertes, y colmará de honores a los que le reconozcan, y los hará dominar sobre muchos, distribuyéndoles tierras en merced.

Daniel 11, 31-37.

6

Por lo que hace a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con Él, os rogamos, hermanos, que no os turbéis de ligero, perdiendo el buen sentido, y no os alarméis ni por espíritu, ni por discurso, ni por epístola, como si fuera nuestra, como si el día del Señor estuviera inminente. Que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo.

¿No os recordáis que, estando entre vosotros, ya os decía esto? Y ahora sabéis qué es lo que le contiene hasta que llegue el tiempo de manifestarse. Porque el misterio de iniquidad está ya en acción; sólo falta que el que le retiene sea apartado del medio. Entonces se manifestará el inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, destruyéndole con la manifestación de su venida. La venida del inicuo irá acompañada del poder de Satanás, de todo género de milagros, señales y prodigios engañosos, y de seducciones de iniquidad para los destinados a la perdición por no haber recibido el amor de la verdad que los salvaría. Por eso Dios les envía un poder engañoso, para que crean en la mentira y sean condenados cuantos, no creyendo en la verdad, se complacen en la iniquidad.

Pero nosotros debemos dar incesantes gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, a quienes Dios ha elegido desde el principio para haceros salvos por la santificación del Espíritu y la fe verdadera. A ésta precisamente os llamó por medio

de nuestro evangelio, para que alcanzaseis la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Manteneos, pues, hermanos, firmes y guardad las tradiciones que recibisteis, ya de palabra, ya por nuestra carta. El mismo Señor nuestro Jesucristo y Dios, nuestro Padre, que de gracia os amó y os otorgó una consolación eterna, una buena esperanza, consuele vuestros corazones y los confirme en toda obra y palabra buena.

2 Tesalonicenses 2, 1-12.

7

Vi cómo salía del mar una bestia, que tenía diez cuernos y siete cabezas, y sobre los cuernos diez diademas, y sobre las cabezas nombres de blasfemia. Era la bestia que yo vi semejante a una pantera, y sus pies eran como de oso, y su boca como la boca de un león. Dióle el dragón su poder, su trono y una autoridad muy grande. Vi a la primera de las cabezas como herida de muerte, pero su llaga mortal fue curada. Toda la tierra seguía admirada de la bestia. Adoraron al dragón porque había dado el poder a la bestia, y adoraron a la bestia diciendo: ¿Quién como la bestia? ¿Quién podrá guerrear con ella? Diósele asimismo una boca, que profiere palabras llenas de arrogancia y de blasfemia, y fuele concedida autoridad para hacerlo durante cuarenta y dos meses. Abrió su boca en blasfemias contra Dios, blasfemando de su nombre y de su tabernáculo, de los que moran en el cielo. Fuele otorgado hacer la guerra a los santos y vencerlos y le fue concedida autoridad sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación. La adoraron todos los moradores de la tierra, cuyo nombre no está escrito, desde el principio del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado.

Si alguno tiene oídos, que oiga. Si alguno está destinado a la cautividad, a la cautividad irá; si alguno mata por la espada, por la espada morirá. En esto está la paciencia y la fe de los santos. Vi otra bestia que subía de la tierra y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como un dragón. Ejerció toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella e hizo que la tierra y todos los moradores de ella adorasen a la primera bestia, cuya llaga mortal había sido curada. Hizo grandes señales, hasta hacer bajar fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Extravió a los moradores de la tierra con las señales que le fue dado ejecutar delante de la bestia, diciendo a los moradores de la tierra que hiciesen una imagen en honor de la bestia, que tiene una herida de espada y que ha revivido. Fuele dado infundir espíritu en la imagen de la bestia para que hablase la imagen e hiciese morir a cuantos no se postrasen ante la imagen de la bestia, e hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les imprimiese una marca en la mano derecha y en la frente, y que nadie pudiese comprar o vender sino el que tuviera la marca, el nombre de la bestia o el número de su nombre.

Aquí está la sabiduría. El que tenga inteligencia calcule el número de la bestia, porque es número de hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis.

Apocalipsis de Juan, 13.

8

Hijos, ésta es la hora postrera, y como habéis oído que está para llegar el anticristo, os digo ahora que muchos se han hecho anticristos, por lo cual conocemos que ésta es la hora postrera. De nosotros han salido, pero no eran de los nuestros. Si de los nuestros fueran, hubieran permanecido con nosotros, pero así se ha hecho manifiesto que no todos son de los nuestros. Quanto a vosotros, tenéis la unción del Santo y conocéis todas las cosas. No os escribo porque no conozcáis la verdad, sino porque la conocéis y sabéis que la mentira no procede de la verdad. ¿Quién es el embustero sino el que niega que Jesús es Cristo? Ese es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo.

1 Juan 2, 18-22.

9

Ahora se han levantado en el mundo muchos seductores, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Este es el seductor y el anticristo.

2 Juan 7.

10

Carísimos, no creáis a cualquier espíritu, sino examinad los espíritus si son de Dios, porque muchos seudoprophetas han salido (a escena) en el mundo. Podéis conocer el espíritu de Dios por esto: todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne es de Dios; pero todo espíritu que no confiese a Jesús, ése no es de Dios, es del anticristo, de quien habéis oído que está para llegar y que al presente se halla ya en el mundo.

1 Juan 4, 1-3.

11

Mas cuando esta señal aparezca por el mundo entero, niños venidos al mundo entero, niños venidos al mundo con las sienes cubiertas de canas desde su nacimiento, se producirán tribulaciones entre los mortales, hambre, enfermedad y guerras, el tiempo trastocado, sufrimientos, lágrimas abundantes. ¡Ay! ¡Los hijos de cuántos hombres, en su país, dirigirán fúnebre lamento a sus padres entre dolorosos gemidos y, envolviendo sus cuerpos en las mortajas, los depositarán en la tierra, madre de los pueblos, manchados de sangre y polvo! ¡Ay de vosotros, los muy miserables hombres de la última generación, malhechores viles, necios e insensatos, cuando, en el momento en que las razas de las mujeres no engrendren, haya crecido la cosecha de mortales

hombres. La recolección estará cerca, cuando algunos, embaucadores en vez de profetas, se aproximen con su palabrería sobre la tierra. Y Beliar llegará y mostrará muchos signos a los hombres.

Oráculos Sibilinos II, 154-168.

12

De entre los sebastenos llegará después Beliar y hará que se levante de los montes la cima, detendrá el mar, el sol ardiente y grande y la brillante luna, a los muertos hará levantarse y numerosos signos dará a los hombres, mas no habrá en él nada que se cumpla, sino que errará y hará errar precisamente a los mortales y a muchos fieles y elegidos hebreos, a los que ley no conocen y a otros hombres que aún no oyeron la palabra de Dios.

Mas cuando del gran Dios se acerquen las amenazas y su poder flameante a través de la ola marina a tierra llegue, a Beliar consumirá con sus llamas y a los orgullosos hombres, todos cuantos en éste su fe depositaron. Y entonces el mundo por manos de mujer será gobernado y será obediente en todo.

Oráculos Sibilinos III, 63-76.

13

Armenia, también a ti te aguarda forzada esclavitud; llegará asimismo a los sólimos de Jerusalén la mala tempestad de la guerra desde Italia y arrasará el gran templo de Dios, cuando, en su insensated confiados, desechen la piedad y lleven a cabo horribles crímenes ante el templo; y entonces desde Italia un gran rey, como un fugitivo, escapará sin ser visto ni conocido, sobre el curso del Eufrates en el momento en que, entre otros muchos crímenes, haya de cargar con la impureza del repugnante matricidio, cometido con criminal mano y sin vacilación. Muchos, por el trono de Roma, ensangrentarán el suelo, al huir aquél por la tierra de los partos. A Siria llegará un príncipe de Roma, quien, tras prender fuego al templo de Jerusalén y de asesinar al mismo tiempo a muchos judíos, destruirá su gran país de amplias calles.

Y entonces un seísmo destruirá a la vez Salamina y Pafos, cuando las negras aguas se desborden sobre Chipre, por las olas bañada. Mas cuando desde una sima de la tierra Itálide una masa de fuego, en su girar, alcance el ancho cielo, quemando numerosas ciudades y mate a los hombres, y abundante ceniza ardiente llene el magno éter y caigan gotas del cielo, semejantes al bermellón, se conocerá entonces la cólera de Dios celestial, porque aniquilarán a la raza inocente de los piadosos. Al Occidente llegará entonces la discordia del despertar de la guerra y el fugitivo de Roma, con su gran lanza en alto, tras atravesar el Eufrates con muchas decenas de millares.

Desdichada Antioquía, nunca te llamarán ciudad cuando, por tu insensated, caigas bajo las lanzas. A Cirro entonces el hambre destruirá y la odiosa discordia.

¡Ay de ti, Chipre desdichada! El ancho oleaje del mar te ocultará, batida por invernales tempestades.

A Asia llegará una gran riqueza que en tiempos Roma arrebató por sí misma y depositó en su lujosa morada; y luego devolverá a Asia el doble y aún más, y entonces la guerra cobrará su más alto precio.

Oráculos Sibilinos IV, 115-148.

14

El que obtuviere por inicial el número cincuenta será soberano, temible serpiente que exhalará guerra gravosa, y que un día, al extender las manos de su raza, la destruirá y todo lo perturbará entre competiciones, carreras, matanzas y toda clase de audacias; cortará el monte que dos mares bañan y con sangre lo mancillará. Sin embargo, él, el destructor, también dejará de ser visto; después retornará, igualándose a un Dios, pero quedará patente que no lo es.

Oráculos Sibilinos V, 28-34.

15

Callarás durante mucho tiempo y el día del regreso... y ya no verás fluir la exquisita bebida... pues caerá el persa sobre tu suelo como el granizo y destruirá tu país y a sus hombres de malas artes con sangre y cadáveres junto a los enormes altares, un ser de bárbaros sentimientos, violento, víctima de la insensata locura de la sangre abundante, que hará precipitarse sobre ti tu perdición, como una tromba de arena en plena intensidad. Y entonces tú, felicísima entre las ciudades, tendrás que soportar numerosos sufrimientos. Llorará Asia entera por causa de sus dones al caer a tierra, de los cuales se gozó su cabeza por ti coronada.

El que obtuvo la tierra de los persas, él mismo hará la guerra, matará a cada habitante y arrasará todo medio de vida, de suerte que quede la tercera parte para los miserables mortales. De nuevo desde el occidente volará con salto ligero para sitiar toda la tierra, para asolarla toda. Mas cuando consiga la cima de su poder y audacia impúdica, llegará también con el deseo de arrasar la ciudad de los bienaventurados. Y un rey enviado por Dios contra él matará a todos los grandes reyes y a los mejores hombres. De esa forma hará luego el Inmortal el juicio de los hombres.

Oráculos Sibilinos V, 91-110.

16

Por la Hélade, tres veces desdichada, lanzarán sus lamentos los poetas, cuando desde Italia del istmo el tendón golpee el gran rey de la gran Roma, divino varón, a quien, dicen, el propio Zeus engendró, y la soberana Hera. El será quien, al querer lograr con voz musical aplausos para sus dulces himnos, matará a muchos, junto con su madre desdichada. Huirá desde Babilonia, caudillo terrible e impúdico, al que odian todos los mortales y los mejores varones, pues mató a muchos y en el vientre materno puso las manos, contra sus esposas cometió pecado y de seres despreciables había sido creado. Llegará hasta los medos y a los reyes de los persas, a quienes primero añoró y a los que fama legó, escondido con estos malvados al acecho de una nación verdadera. El fue el que derribó el templo por Dios construido y abrasó a los ciudadanos y a las gentes que en él entraban, a cuantos yo con justicia dediqué himnos; pues al aparecer éste toda la creación se conmovió, los reyes perecieron y aquellos entre los que subsistió el poder aniquilaron a la gran ciudad y a su justo pueblo.

Oráculos Sibilinos V, 137-154.

17

Llora también tú, Corinto, la triste destrucción que en ti habrá; pues cuando las tres hermanas Moiras, que tejen con trenzados hilos, se lleven sobre la tierra al que huye con engaño por la orilla del istmo, hasta que lo contemplen todos, a él que antaño partió la piedra con muy dúctil bronce, y destruirá y conmoverá tu tierra, según está preestablecido. Pues a éste concedió Dios una fuerza para hacerlo, cual no tuvo antes ninguno de entre todos los reyes; primero arrancará con una hoz de las tres cabezas las raíces con gran fuerza y las dará a probar a los otros, de suerte que coman las carnes de los progenitores del rey impuro. Pues a todos los hombres aguardan sangre y temores por causa de la gran ciudad y del pueblo justo, salvado en todo tiempo, al que daba especial protección la providencia.

Oráculos Sibilinos V, 214-227.

18

Habrà en los últimos tiempos, cuando la luna se extinga, una guerra que extenderá su locura por el mundo, basada en la astucia con engaños. Llegará desde los límites de la tierra el varón matricida, fugitivo y albergando en su mente agudos proyectos; él destruirá toda la tierra, todo lo dominará y todos sus pensamientos serán más cuerdos que los de todos los mortales. En aquella cuya gracia hizo perder, hará presa al instante; a muchos hombres llevará a la perdición, y a todos los grandes tiranos; a todos los abrasará, como nunca otro lo hizo; pero a los que estén caídos los hará levantarse con celo. De Occidente se extenderá una gran guerra sobre los hombres, y correrá la sangre por las vertientes hasta los ríos de profunda corriente. De

Macedonia la cólera se verterá por la llanura; traerá una alianza para el pueblo, pero para el rey la destrucción. Y entonces una brisa invernal soplará sobre la tierra y la llanura de nuevo se llenará de guerra mala. Fuego desde las llanuras celestiales lloverá sobre los mortales, fuego y sangre, agua, rayos, oscuridad, noche celestial, destrucción. Y entonces una brisa invernal soplará sobre la tierra y la llanura de nuevo se llenará de guerra mala. Fuego desde las llanuras celestiales lloverá sobre los mortales, fuego y sangre, agua, rayos, oscuridad, noche celestial, destrucción e la guerra y tinieblas para cubrir las matanzas: a todos matarán; a los reyes y a los mejores hombres. Así se terminará con la dolorosa destrucción de la guerra y ya nadie con su espada luchará ni con hierro ni tampoco con flechas, porque no les estará permitido. Paz logrará el pueblo sabio, el que sobrevivió, en la maldad probado, para que luego se regocijara. Uno sólo, que será un venerable anciano, tendrá durante mucho tiempo el poder del cetro, un rey muy lamentable que encerrará bajo vigilancia en su palacio todas las riquezas del mundo, para, cuando regrese de los confines de la tierra el fugitivo matricida rubio, después de darlas a todos, proporcionar a Asia gran riqueza.

Oráculos Sibilinos VIII, 68-72.

19

Cuando, desde allí, sobrevenga (el momento de la aparición) del Fénix por quinta vez, vendrá a destruir la raza humana, sus innumerables tribus y el pueblo de los hebreos. Entonces Ares arrasará a Ares, él mismo destruirá la amenaza altiva de los romanos. Pues pereció de Roma el poder antaño floreciente, antigua soberana de las ciudades vecinas. Ya no conseguirá la victoria del territorio de la Roma florida, cuando, dominador, venga de Asia con Ares. Después de llevar todo eso a cabo, llegará a la ciudad fundada. Y cumplirás novecientos cuarenta años cuando te llegue la violenta suerte de tu mal destino, que dará plenitud a tu nombre.

¡Ay de mí, tres veces desdichada! ¿Cuándo veré ese día que te ha de llegar, Roma, y, en especial, a todos los latinos? Festeja, si tú quieres, a aquel que, rodeado de ocultas tropas, procedente de la tierra de Asia, subió al carro troyano, con ánimo de fuego ardiente. Cuando divida en dos al istmo, oteándolo todo, y se dirija contra todos, tras cruzar el mar, también entonces la sangre oscura irá tras la gran fiera. Un perro persigue al león, asesino de pastores. Le arrebatarán su cetro y seguirá el camino del Hades.

Oráculos Sibilinos VIII, 139-159.

20

Ezequias y Jasub, hijo mío! Son estos los días del fin del mundo. Llegado el final, Beliar, el gran príncipe, el rey de este mundo, que lo ha dominado desde el comienzo, descenderá de su firmamento bajo el aspecto de hombre, rey malvado,

matricida, y perseguirá las plantaciones que los doce apóstoles del Amado han plantado, y uno de los doce será entregado en sus manos (Pedro). Aquel príncipe vendrá bajo el aspecto del susodicho rey; con él vendrán todas las potencias de este mundo y lo secundarán en todo lo que quiera. A una palabra suya el sol aparecerá de noche y hará también que la luna aparezca en pleno mediodía. Realizará en el mundo todo lo que desea... El poder de sus milagros se manifestará en todas las ciudades y países. Dominará durante tres años, siete meses y veintisiete días...

Así pues, tras 1332 días, el Señor bajará del séptimo cielo con sus ángeles y la escolta de santos en la majestad del séptimo cielo. Beliar será arrojado por él en la gehena. Dará descanso a las personas piadosas que encontrará aquí con el cuerpo aún en vida -el sol, entretanto se volverá rojo de vergüenza- y así a todos aquéllos que por su fe en él han maldecido a Beliar y a sus reyes.

Ascensión de Isaías IV, 1-16.

21

Uno de ellos, un tal de nombre Marco, que se ufana de rectificar al maestro, con su gran pericia en los trucos mágicos, ha seducido a muchos hombres y otras tantas mujeres a adherirse a él como aquél que es el más sabio y el más perfecto y que posee el Sumo Poder recibido de lugares invisibles e inenarrables. Es un verdadero precursor del Anticristo: mezclando los juegos de Anasilao con los engaños de aquéllos que son llamados magos, se hace pasar por uno que realiza milagros ante cuantos están privados de entendimiento y han perdido el juicio.

Ireneo, Contra las Herejías I, 13, 1.

22

No sólo de las cosas que hemos dicho, sino también de aquellas que sucederán en tiempos del Anticristo se deduce que el diablo quiere hacerse proclamar rey. Aquel (el Anticristo), en efecto, habiendo conquistado todos los poderes del diablo vendrá no como rey justo sometido a Dios y obediente a la ley, sino como impío e inmoral, como apóstata y homicida, como malvado ladrón, recapitulando en su persona la diabólica apostasía. Abatirá los ídolos para hacerse pasar él mismo por Dios y se elevará como un único ídolo reuniendo en sí el error de todos los otros para que aquellos que adoran al diablo mediante numerosas abominaciones, le sirvan a él mediante este único ídolo.

Ireneo, Contra las Herejías V, 25, 1.

Por ello en la bestia que llegará se cumple la recapitulación de toda iniquidad y de todo engaño para que todo el poder de la apostasía reunida y encerrada en ella, sea arrojada al horno ardiente (cf. Apocal. 19, 20). Es, pues, conveniente que a su nombre corresponda el número 666, porque recapitula en sí mismo toda la mezcla de maldad de la época antediluviana, derivada de la apostasía de los ángeles...

Si las cosas son así y si en todos los escritos más antiguos y más indignos de fe se encuentra este número; si además lo atestiguan aquellos que vieron a Juan cara a cara y si la lógica nos enseña que el número que corresponde al nombre de la bestia, tomado, de acuerdo con la forma de contar de los griegos, de las letras del alfabeto con que se compone el nombre, es 666, tantas decenas cuanto centenas y tantas centenas cuanto unidades -el número 6 repetido de esta forma muestra bien la recapitulación de toda la apostasía, aquella inicial, aquella intermedia, y aquella final -no logro explicarme cómo habrán podido equivocarse algunos que, siguiendo una opinión personal, han privado de sentido el número del medio (*medium numerum*) sustrayéndole 50 y prefiriendo una sola decena en lugar de seis. Opino que tal error sea imputable a los copistas, como sucede a menudo, dado que los números vienen escritos por medio de letras y la letra *xi*, que en griego indica el número 60, puede ser fácilmente cambiada por una *iota*...

Además no es un peligro pequeño aquel a que se exponen cuantos presumen erróneamente de conocer el nombre del Anticristo: pues si uno es el nombre que se imaginan, y otro aquel con que se presentará, serán fácilmente engañados por él pensando que aún está lejano aquel del que, sin embargo, deben ya precaverse.

Ireneo, *Contra las Herejías* V, 29, 2-30, 1.